



CAPÍTULO XXXII

ÚLTIMOS REPRESENTANTES DE LA CRÍTICA LITERARIA

Críticos académicos: Cánovas, Valera y Menéndez Pelayo.—Críticos periodistas: Revilla, García Cadena, «Clarín», Palacio Valdés, Balart, Bofill, Fernández Flórez, Picón, Luis Alfonso, Sánchez Pérez, García Ramón, etcétera.—Emilia Pardo Bazán.—Monografías críticas de Rubió y Lluch, el Marqués de Figueroa, Blanca de los Ríos, etc.—Críticos barceloneses: Yxart, Sardá, Gener, etc.

A las rudas faenas de la erudición y las investigaciones bibliográficas, á la búsqueda de lo peregrino en el campo de nuestra antigua literatura, sucedió en la crítica literaria, á partir del cataclismo de la revolución septembrina, un cambio radical que simultáneamente provocan el afán decidido por lo contemporáneo, el afrancesamiento con visos de epidemia, y el choque de doctrinas é ideales contrapuestos, en que no entran sólo los intereses del arte, sino también los de la religión y la política. Al estudio de los libros polvorientos sustituye el de los que todavía guardan fresco el olor de la tinta de imprenta, y á las discusiones sobre la autenticidad de un escrito, y el nombre de un autor incógnito, otras más vivas y ardientes, aunque con frecuencia no menos efímeras. Hasta el estilo y la manera de juzgar pierden aquel sello de hierático reposo ó de reminiscencia clásica que caracterizó al período antecedente para adquirir el brío de la lucha, y renovarse con audacias de expresión, re-

flejo de las audacias del pensamiento. Cuando estaba en su apogeo la gloria de Ayala y Tamayo, de Fernán Caballero, Selgas y Trueba, el público se reducía á admirarles y á agotar las ediciones de sus obras; pero la crítica apenas las analizaba sino superficialmente y por compromiso. En cambio esos mismos autores han sido después estudiados y discutidos, y los más modernos, como Echegaray, Pereda y Galdós, excitan, al producir algo nuevo, tempestades periodísticas en las que tal vez sobrenada algún juicio que confirmará la posteridad. Con esto adelanta muy poco la difícil labor con que los buzos de lo pasado pueden preparar la hoy casi imposible empresa de escribir una historia cabal de la Literatura española.

Por la misma razón son tan dignos de aplauso los muy contados eruditos que imitan el ejemplo de los colectores de la Biblioteca de Rivadeneyra, y los que de entre éstos hacen gala de conservar sus antiguas aficiones, á pesar de la indiferencia del público.

Bien sé que no agradará á todos el ver estampado aquí el nombre de D. Antonio Cánovas, nombre que va convirtiéndose en bandera de combate para amigos y enemigos; pero es justo reconocer, pese á tales apasionamientos, que el célebre estadista conoce como pocos la literatura patria y las extranjeras, y que sus obras de crítica encierran gran copia de datos originales, y frutos de sabia observación encerrados en la amarga cáscara de un gusto nada refinado y un estilo caliginoso. Da lástima seguir la fusión y el desenvolvimiento simultáneo de lo excelente y lo vulgar en los discursos académicos del Sr. Cánovas, y lo mismo en el extenso prólogo á la colección de *Autores dramáticos contemporáneos*¹. Trata éste *del origen y vicisitu-*

¹ Véase el volumen *Artes y Letras*, entre las obras del Sr. Cánovas publicadas en la *Colección de escritores castellanos*.

El estudio sobre el Teatro español está traducido al francés por Magnabal.

des del genuino Teatro español, y afirmase en él que el verdadero propósito de Lope de Vega y de sus imitadores no fué copiar las costumbres del siglo XVII, sino el ideal caballeresco que en parte había desertado de ellas para refugiarse en la opinión de las clases elevadas, y que continuó informando el espíritu y las ideas del pueblo español durante el siglo XVIII, sin desaparecer siquiera en el presente, antes bien dando vida y perdurable atractivo á las más hermosas producciones dramáticas de los poetas contemporáneos. Podrá discutirse en todo ó en parte la tesis del autor; pero no la novedad y los profundos conocimientos con que está indicada y desenvuelta, ni menos el mérito de algunos pormenores, como el de haber dado á conocer á un apologista de la libertad escénica, llamado don Luis Morales y Polo, que en el *Epítome de los hechos y dichos del Emperador Trajano* (Valladolid, 1684) se adelantó á los corifeos del romanticismo.

Harto menos interesantes resultan los estudios del Sr. Cánovas sobre algunos literatos modernos, desde el poeta cubano Heredia hasta Moreno Nieto y Revilla, sin exceptuar los dos tomos titulados *El Solitario y su tiempo*, en los que preponderan con mucho las consideraciones de color político, la disculpable exageración de los méritos del biografiado y la abundancia de lugares comunes sobre los aciertos críticos, que son muy infrecuentes.

Si la elevada representación de D. Antonio Cánovas como jefe de partido da origen á las vulgares diatribas con que son continuamente asaeteadas sus obras, el escepticismo benévolo y la aparente candidez de D. Juan Valera van sirviendo de impenetrable escudo á su justísima reputación de crítico ¹, no menos que á

¹ Aparte de los muchos artículos sueltos que con su firma aparecen diseminados en periódicos y revistas, deben leerse los siguientes libros de Valera: *Estudios críticos sobre literatura política y costumbres de nuestros días* (Madrid, 1864). Dos to-

la de novelista y escritor clásico. Verdadera enciclopedia viviente en asuntos literarios, es á la vez un modelo de fina educación social. Su pluma parece mojada en bandolina siempre que traza un nombre propio, y aun al discutir principios y sistemas huye con exquisito esmero de inferir la más ligera herida, á no ser cuando el adversario le saca del terreno neutral del optimismo con afirmaciones ó negaciones rotundas, que en los oídos de Valera producen el efecto de la más intolerable disonancia. Sólo por esta causa ha dejado deslizar algunas gotas de hiel en sus críticas de Aparisi, el representante de la intransigencia católica, de Pi y Margall, el Proudhon español, y de Liniers, el autor de *Todo el mundo*, sátira amarguísima de las ideas liberales. Por lo demás, la laxitud de criterio que admiramos en las *Cartas americanas*, para citar un ejemplo bien reciente y de que todo el mundo se acuerda, no reconoce límites, y hasta hace poner en duda la sinceridad de algunos elogios. Los mismos ataques á la escuela naturalista que contienen los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* parecen envueltos en algodón en rama, según abundan las restricciones y las suavidades del estilo, y, sobre todo, dejan á salvo los procedimientos de los imitadores que Zola tiene en España.

Yo no sé si este afán de conciliar extremos procede de verdadera convicción, ó sirve de velo al desdén irónico, como pretenden algunos zahoríes de intenciones ajenas; pero de fijo no entienden así las alabanzas de Valera aquellos á quienes las dirige.

Puede en este sentido fomentarse con ellas la injustificada vanidad de poetillas y literatos intonsos, pero ¡cuánto aprende, en cambio, la generalidad de los lectores y cuánto gana la Literatura! A propósito del libro

mos.—*Disertaciones y juicios literarios* (Madrid, 1878).—*Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (Madrid, 1887).—*Cartas americanas* (Madrid, 1889 y 1890).

más baladí y soporífero extrae Valera de su erudición copiosos y transparentes raudales de doctrina, hace que circulen condensados en fecunda y amena síntesis las últimas conclusiones, los descubrimientos novísimos de la investigación literaria ó científica, y llega á naturalizar en España obras y autores que, de otro modo, quizá no transpasarían nuestras fronteras. Sólo es de lamentar en empresa tan meritoria la falta de escrúpulo con que procede el insigne académico, para el cual no hay distinción de moros y cristianos, ni de venenos y antídotos, cuando se atraviesan los intereses del arte.

Consiste además el mérito de Valera en prestar amenidad á todo lo que toca con la varilla mágica de su ingenio, en escoger las flores de la belleza y del arte, despojándolas de las espinas del tecnicismo y del análisis, en hermohear las verdades más abstrusas con el risueño manto de la ficción genial. Diserta sobre Literatura en el mismo tono que sobre Filosofía y Crematística, preocupándose menos de enseñar que de agradar, haciendo gala de opiniones peregrinas, y mezclando con la cuestión principal multitud de accesorios incidentales, siempre instructivos ó de singular encanto. Es un autor de *causeries* pulcro y aristocrático, que encanta á las mujeres instruidas y á los hombres perezosos, que emplea en sus obras las cortesanas del trato social, y ha logrado por este camino lo que no se logra por otros más difíciles.

El estilo de Valera como crítico, no fluye con la misma facilidad que en la prosa narrativa y el discreto filosófico; carece de aquella precisión gráfica y aquel relieve que le añadirían nuevos quilates de valor absoluto, pero á costa de la originalidad.

Con el de Valera se enlaza un nombre que está por encima de toda discusión, que escribirán con caracteres de oro las futuras generaciones y que es el orgullo de la presente; porque ya no hay pasiones políticas,

ni odios miserables, ni reticencias interesadas que nieguen en alta voz el prodigioso mérito de D. Marcelino Menéndez y Pelayo ¹. Pasaron ya aquellos tiempos en que desde la Inclusa del periodismo le calificaban los gacetilleros de ratón de bibliotecas y rebuscador ocioso de papeles viejos. La serie de estupendas publicaciones con que ha ilustrado nuestra historia religiosa, política y literaria; el criterio personalísimo y eminentemente filosófico con que ha sabido dar vida á los materiales allegados por sus propios esfuerzos; los raudales de ciencia que brotan de su pluma; la amplitud y elevación de sus ideas; los laureles unidos de pensador original, polemista ardoroso é irresistible, crítico sin rival en España, bibliófilo y erudito omnisciente, historiador de clásica y elegante sobriedad, y estilista en quien la magia y el brillo de la expresión se hermanan con la naturalidad ingenua y encantadora; el número de volúmenes, en fin, con que ha demostrado que en él no se cumplen las leyes de relación entre la edad y la ciencia, entre el tiempo y el trabajo, le colocan en la esfera superior del genio, adonde no pueden ya llegar los dardos de la envidia impotente, hacen de él una representación viva de la España tradicional, cuyo espíritu parece haber resucitado en el suyo, de-

¹ Todo el mundo conoce los hechos culminantes de su breve y gloriosa vida. Nació en Santander el día 3 de Noviembre de 1856, y cursó en el Instituto de la misma ciudad la segunda enseñanza. Fué alumno de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona durante los años de 1871 y 1872, y terminó en Madrid su carrera hasta el Doctorado inclusive, habiendo obtenido en ella veinticuatro premios ordinarios y tres extraordinarios. El Ayuntamiento y la Diputación provincial de Santander le concedieron una subvención para que recorriese las principales Bibliotecas de Europa, y merced á esta circunstancia visitó sucesivamente á Portugal, Italia, Francia y Bélgica, acopiando multitud de documentos relativos á la Historia y la Literatura patrias. A los veintidós años obtuvo la cátedra, que actualmente desempeña, del Doctorado de Filosofía y Letras en la Universidad Central; á los veinticinco ingresó en la Academia Española como individuo de número, y actualmente lo es también de la de la Historia, y la de Ciencias Morales y Políticas.

jando aún espacio libre donde caben desahogadamente el ideal clásico y el del mundo moderno, y le han inmortalizado en vida, dándole derecho, si alguna vez puede tenerlo un mortal, á la apoteosis que hoy se emplea y se prostituye en los aduladores del error triunfante.

Joven era, casi un niño, cuando apareció en público como brioso defensor de *la ciencia española* el que después había de ser uno de sus preclaros timbres. En el ataque y en la defensa acreditó Menéndez Pelayo, no sólo la prodigiosa suma de conocimientos que no osaban negarle sus propios adversarios, sino también una perspicacia y un tino admirables, y una mirada sintética que armoniza los múltiples elementos suministrados por su vastísima erudición, haciéndolos servir al plan de una filosofía de la historia de España totalmente opuesta á la que inventaron los legisladores de Cádiz, y que después perpetuaron la ignorancia y la populachería progresistas. Los lugares comunes de la barbarie inquisitorial opresora del pensamiento, de la tiranía religiosa y política de la Casa de Austria, del martirologio de sabios perseguidos por la alianza despótica del Altar y el Trono, se convirtieron en leyendas forjadas por el liberalismo iluso, y desmentidas por mil y mil nombres, más ó menos ilustres, que la península ibérica puede oponer á los que otras naciones veneran y ensalzan con el entusiasmo de la piedad filial y la exageración del patriotismo. Hombres de tanta fama, entre las huestes liberales, como D. Gumersindo Azcárate, D. Manuel de la Revilla, D. Nicolás Salmerón y D. José del Perojo, hubieron de rendir sus armas ante el improvisado adalid de una tesis para ellos inaudita.

Los proyectos y las polémicas de *la ciencia española* constituyen el programa que Menéndez Pelayo ha ido cumpliendo en todas sus obras, y que les presta un sello de grandiosa unidad, un carácter de ciclópeo edificio consagrado al culto de la nacionalidad ibé-

rica. El coleccionador que reúne los materiales dispersos en las bibliotecas y los archivos, es también artista que les da forma y atractivo; con la privilegiada memoria y la infatigable laboriosidad del arqueólogo, van juntos la intuición del crítico y el clásico gusto del helenista. El sentimiento de la belleza rige y domina con soberano imperio todas las facultades de Menéndez Pelayo, y corona de purísimos resplandores los eriales de la bibliografía y la exhumación de los restos fósiles arrancados de las capas geológicas que amontonó sobre ellos el transcurso de los siglos.

Abrese la serie de las publicaciones del insigne académico con los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, y versa el primero de todos ¹, único publicado, sobre la vida y obras de D. Telesforo Trueba y Cosío (1798-1835), novelista que consiguió con sus narraciones en inglés emular los triunfos de Walter Scott. Las noticias y apreciaciones que encierra este libro reúnen, á sus méritos de otra especie, el de la originalidad casi absoluta.

La monografía *Horacio en España* ² ofrece, bajo tan modesto título, multitud de datos peregrinos sobre los traductores é imitadores del cisne de Venusa en España, Portugal y la América española, y además suple en no pocas ocasiones las deficiencias de las historias generales de nuestra Literatura. Nada se ha escrito sobre Fr. Luis de León ni tan vigoroso ni tan profundo como las páginas de oro que aquí se le dedican, y no son de menos valor las consagradas al malogrado joven catalán Manuel Cabanyes, cuyo renombre póstumo se debe, en gran parte, á Menéndez Pelayo. Ape-

¹ Santander, 1876.

² Se publicó en la *Revista Europea*, y después en volumen aparte (1877). La segunda edición (Madrid, 1885, en dos tomos) puede considerarse como una obra nueva por las innumerables adiciones con que va enriquecida, sobre todo en lo referente á literatura hispano-americana.

nas hay un poeta notable entre los nuestros que no aparezca retratado con breves y magistrales pinceladas en esta copiosa galería que siempre se lee con placer y se consulta con fruto.

El exagerado clasicismo de la profesión de fe con que termina el *Horacio en España*, hizo creer á muchos que su autor menospreciaba el arte cristiano, y en general el de cuantos no han seguido fielmente la tradición griega y latina; pero no tardaron en desmentir estas preocupaciones erróneas las magníficas conferencias sobre *Calderón y su teatro*¹, pronunciadas, con motivo del centenario del gran poeta, en el Círculo de la Unión Católica, conferencias en que domina un criterio elevado, libre de estrecheces doctrinales, y en las que, si no se hace plena justicia al teatro calderoniano, es por razones ajenas á todo exclusivismo estético, y que demuestran una libertad de juicio en nada opuesta á la ortodoxia católica del autor.

Los prólogos con que ha encabezado muchas obras literarias, cediendo más de lo justo á las solicitudes de sus amigos, los estudios insertos en la *Biblioteca clásica* de Navarro y en las principales revistas de Madrid, formarían reunidos gruesos volúmenes de sana doctrina y pasmosa erudición, de los que sólo uno ha querido incluir en la *Colección de escritores castellanos*². Ciertamente que en él hay joyas de tan subido precio como el discurso de recepción en la Academia de la lengua, sobre los poetas místicos españoles, y los estudios sobre Rodrigo Caro, Martínez de la Rosa y Núñez de Arce, escritos los dos últimos para la antología de *Autores dramáticos contemporáneos*.

El temperamento, esencialmente artístico, de Menéndez Pelayo embelleció con las flores de la literatura la magistral *Historia de los heterodoxos españoles*

¹ Madrid, 1881.

² *Estudios de crítica literaria*. Madrid, 1884.

(1880-81), en la que hay capítulos enteros apartados de la candente arena de las discusiones religiosas, y que son como frescos oasis para común deleite del narrador y de los lectores. Juan de Valdés, el abate Marchena, el canónigo Blanco, y en opuesto sentido Balmes y Donoso, parecen resucitar de sus tumbas al conjuro de una crítica, ya benévola, ya entusiasta, y siempre fascinadora.

Pero no es posible detenerse á acompañarla en tales excursiones furtivas, ni siquiera seguir el vuelo de águila caudal con que ha recorrido la *Historia de las ideas estéticas en España*. Un libro aparte se necesitaría para analizar esta obra, cuya posibilidad y cuyo objeto hubieran negado en redondo muchos que al leerla cambian hoy de opinión, vencidos por la fuerza de los hechos. Ahí está como índice elocuente de una sola fase, obscura y olvidada, de la ciencia española, como un inventario parcial de sus tesoros, descubiertos entre las polvorientas páginas de San Isidoro y sus discípulos, de los filósofos árabes y judíos, de Ramón Lull, Raimundo de Sabunde y Ausias March, de los profundos teólogos escolásticos posteriores al Renacimiento, de los grandes preceptistas, como el Pinciano, que se adelantan á Lessing, de los poetas y prosadores de los cuatro últimos siglos, de todos aquellos que con más ó menos fortuna estudiaron los misterios de la belleza natural y artística. No sería difícil señalar alguna sombra en este vastísimo cuadro, pero de esas que indican exceso de capacidad en la mente que concibe y en la mano que ejecuta. Así la *Historia de las ideas estéticas* se convierte á trechos en historia de la Literatura; así el orden riguroso de las agrupaciones parciales se quebranta en favor de una de ellas y en perjuicio de las demás; así figuran al lado de los autores nacionales muchos que no lo son y que, aun habiendo promovido revoluciones tan hondas en la Ciencia como Kant y Hegel, no debían ser conmemorados con la prolijidad

con que lo hace Menéndez al consagrar dos volúmenes íntegros á los modernos tratadistas de Estética en Alemania, Inglaterra y Francia. ¡Leves sombras á la verdad, que se disipan cuando, en vez de apreciar el conjunto, nos deleitamos en la contemplación de cada una de sus partes!

No es la tenacidad del patriotismo, sino la voz severa de la justicia, la que hoy proclama en todas las regiones donde se conoce el idioma de Cervantes el valor excepcional de Menéndez Pelayo y de sus asombrosas producciones. Pese á la frívola indiferencia parisiense, que no se ha dignado saludarlas, resuenan hoy en toda la Europa sabia muchos testimonios que deponen á favor del insigne santanderino, y aun en Francia hay quien le conoce y admira. Conocerle..., eso es también lo que necesitan cuantos compatriotas suyos le rebajan oponiéndose á la corriente de una opinión que acabará por ser la de todo el mundo civilizado. Cuando en él se forme la dinastía breve y gloriosa de los reyes de la crítica en la época actual, no podrá omitirse el nombre de Menéndez Pelayo, verdadero nombre de legión.

Comparado con el defensor de *la ciencia española*, desmerece mucho su distinguido rival de otros tiempos, D. Manuel de la Revilla ¹, muerto ya para desgracia de las letras, cuando aún cabía esperar mucho de su

¹ Nació en Madrid el 26 de Octubre de 1846. El estudio incesante fué la única ocupación de su juventud. Figuró como aventajado alumno de Filosofía y Letras en la Universidad Central, terminó la licenciatura en 1869, y se graduó de doctor en 1870, dándose al mismo tiempo á conocer como orador y periodista de ideas francamente revolucionarias. A pesar de eso obtuvo en 1876 la cátedra de Literatura general y española en la misma Universidad de Madrid. Su actividad de propagandista político y literario se manifestó simultáneamente en multitud de publicaciones periódicas, como en la *Revista Contemporánea*, *El Globo*, etc., y en las contiendas del Ateneo. Víctima de una enajenación mental, de que se vió libre en los últimos meses de su vida, falleció en el Escorial el día 13 de Septiembre de 1881.

talento. Era la de Revilla una de esas naturalezas impresionables y apasionadas, que se asfixian por cruel fatalidad respirando el venenoso ambiente de la vida moderna, que sienten la sed de los grandes ideales y aplican los labios á todas las corrientes de la novedad, sin sustraerse nunca al suplicio de Tántalo, que se agitan entre las risueñas perspectivas forjadas por la ilusión, y los negros vapores con que las cubre el aliento del pesimismo. En la época de los trovadores románticos hubiera sido uno de ellos, imitador quizá de Byron y Espronceda, maldecidor teórico del mundo y de los hombres; criado en la atmósfera de la Universidad, el Ateneo y las Redacciones de periódico, sus orgías no fueron las del placer brutal y enloquecedor, sino las del papel impreso y de los sistemas científicos. La musa del análisis fué su constante inspiradora y su verdugo, la que le regaló una celebridad bien cara á precio del trabajo forzado y de las *dudas* y *tristezas* íntimas, la que puso en su mano aquel escalpelo con que descarnaba la obra de arte, y le dictó sus bocetos literarios y sus decisiones de juez sobre el mérito de los demás, pero también ¡ay! la que le hizo recorrer el calvario de los absurdos filosóficos, la que jugó con su cándida credulidad, imponiéndole la adoración de pasajeros ídolos que él mismo se apresuraba á quemar en aras de los consagrados por otra nueva moda, la que le hirió, en fin, *por do más pecado había*, reduciendo á la impotencia aquel cerebro en que vivían archivados y en pugna los pensamientos y las aspiraciones más contradictorios.

Las dotes de crítico fueron siempre las predominantes en Revilla, y en ello convienen los mismos que aparentan negarlo, puesto que las oratorias encomiadas por *Clarín*, y las de asimilación sincrética que González Serrano admira, por encima de todo, en la personalidad de su amigo, se resuelven al cabo en una tendencia sola: la del examen y la discusión, á cuyo